

Cuando  
~~fuimos~~ somos  
nosotros

MARÍA VIQUEIRA





Cuando  
~~fuimos~~ somos  
nosotros  
MARÍA VIQUEIRA



EDICIONESKIWI

EDICIONES KIWI, 2024  
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, febrero 2024  
IMPRESO EN LA UE  
ISBN: 978-84-19939-23-4  
Depósito Legal: CS 51-2024  
© del texto, María Viqueira  
© de la cubierta, Borja Puig  
© ilustraciones interiores, pag 369-371, Lorena Pacheco  
Corrección, Mercedes Pacheco

**Código THEMA: FR**

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.  
[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

#### NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.



# Capítulo 1

¿Sabes ese vértigo que se nota en las tripas cuando tienes un mal presentimiento? Sin lógica ni motivo, tu cuerpo percibe que algo terrible va a suceder, aunque tu mente todavía no lo sepa.

Justo de esa manera me llevo sintiendo todo el día. Incluso lo he anotado en mi agenda personal:

*02 de octubre; se masca la tragedia.*

La culpa es mía por dejarme convencer por Skylar. Sé perfectamente cómo me ha hecho el lío: ha recurrido al chantaje emocional, como siempre que quiere conseguir algo. Y yo me he dejado engañar, como siempre que no tengo ganas de discutir.

Así que, aquí estamos, preparándonos en mi casa.

—¿Puedes dejar de hacer drama? —bufa Sky, a la quinta vez que protesto—. Vamos a una fiesta en el piso de enfrente, Chelsea. Ni que fuese el fin del mundo.

Me llama por mi nombre completo en lugar de decir solo Ce, lo que es una buena pista de lo mucho que se ha cansado de escucharme.

—Sigo sin entender por qué tenemos que ir —continúo quejándome, sin deseos de ceder—. Soy *team* señora Evans. Me gustaba cuando vivía ahí. No quiero conocer a quien sea que haya comprado esa casa ahora. Ha pasado muy poco tiempo, y podría considerarse traición. Además, acaba de mudarse y ya está montando una fiesta. Me gusta la tranquilidad. Asúmelo.

Me fulmina con la mirada antes de coger el *eyeliner* y maquillarme un ojo.

Por un momento, temo que vaya a atacarme con la punta, pero se contiene. Por si acaso, Rocket se sube al sofá para protegerme. Adopté al gato hace dos años, después de que Mia me convenciese de que necesitaba compañía. Ha sido fácil encariñarme de esta bola gris y blanca, pues respeta mi independencia tanto como yo la suya.

—La señora Evans la ha espichado, y ya no puedes ser de su *team*. Tampoco creo que se vaya a sentir traicionada desde el Más Allá. A mí también me da pena, porque la apreciaba mucho, pero tenía ciento nueve años. Créeme, esa mujer ha disfrutado de su vida. Seguro que incluso ha acudido a fiestas de este tipo. Vivía en un ático fabuloso, así que es normal que alguien lo haya comprado. Alguien que no tiene por qué ser un enemigo de tu recién adquirida fachada de amante de la tranquilidad.

—No es tan reciente —murmuro y me cruzo de brazos.

—Supongo que la fiesta de la semana pasada no cuenta, ni la de hace diez días —continúa con su alegato. No sé cómo puede seguir maquillándose como si nada; yo ya me hubiera hecho un estropicio—. Lo que te decía, quejica, es que no tiene por qué ser un enemigo de la tranquilidad. Quizá solo quiera conocer a sus nuevos vecinos.

No digo nada más; sería malgastar saliva. Sky siempre consigue salirse con la suya.

—Además, yo sí quiero conocer a quienquiera que viva ahí —admite mientras me sopla en la cara para secar antes el maquillaje—. Esa casa es impresionante, y me muero de ganas de verla.

Mi edificio, un rascacielos de cincuenta y ocho plantas situado en pleno corazón de San Francisco, solo tiene dos áticos. Uno es mío, y el otro pertenecía a la adorable señora Evans, que falleció hace tres meses por causas naturales. Aunque, como dice Sky, con esa edad lo natural era que falleciera.

Sea quien sea el nuevo propietario, sé que no va a ser igual.

Skylar ha hecho sus investigaciones previas. Ha descartado que tenga hijos pequeños y que sean personas mayores, puesto que organiza una fiesta nocturna. Hasta ahí su faceta de Enola Holmes.

Yo solo quería que la vivienda quedase más tiempo vacía para aprovechar la terraza, y ahora tendré que ingeniármelas para continuar haciéndolo.

—Vamos, que ya llegamos bien —dice mi amiga un rato después.

Ha sido idea de ella ir tarde a una fiesta que está a cinco segundos de camino. Literalmente: Solo los desesperados son puntuales. Es uno de sus lemas.

Yo soy del equipo desesperados, pero es que odio la impuntualidad.

—Vas genial. No te preocupes por eso —me anima—. Yo también, por supuesto. Vamos a romper la noche.

Pongo los ojos en blanco y ella se ríe.

Sky está espectacular, con un vestido corto y despampanante de color azul; su larga melena rubia llena de ondas peinadas por un lado del hombro y una mirada ahumada que hace de sus ojos marrones algo hipnótico.

Yo voy más modesta, pues el *look* que me ha sugerido ella —otro vestidazo— me ha parecido demasiado para una fiesta a la que ni siquiera quiero ir. He escogido una falda oscura y un top verde. Llevo la melena, larga y morena, recogida en una coleta alta, y un maquillaje más sutil, que no destaca demasiado mis ojos color tierra.

Cruzamos el rellano en un par de segundos. Giro el anillo que llevo siempre en el dedo anular de la mano derecha, señal de que estoy nerviosa.

Sigo con esa sensación en las tripas cuando Sky llama un par de veces a la puerta.

No tardan en abrirnos y, de pronto, siento cómo el corazón se me paraliza un instante. Después bombea dos veces, en un tiempo en el que solo cabe un latido, y continúa así, a la carrera y desbocado.

Reconozco al hombre que nos abre. Llevo años sin verlo. Tantos, que parece que pertenecen a un pasado de otra persona y no al mío propio.

De hecho, así es.

Marqué mi vida con una gran barrera que dividió el tiempo en *antes* y *después* de esa época.

Nuestras miradas se encuentran y se reconocen, y veo la confusión en sus ojos verdes antes de dar paso a una sonrisa alegre.

—¡Chels! ¡No me puedo creer que estés aquí! —exclama y se acerca para darme un abrazo.

El gesto me pilla tan desprevenida, que se lo devuelvo de forma torpe. No por él, sino porque ese mal presentimiento no deja de crecer.

—¡Nate! —saludo por fin, cuando consigo recuperarme del *shock* inicial—. ¿Qué haces tú aquí? ¡No me digas que eres el nuevo propietario!

—¿Yo? Qué más quisiera. La casa la ha comprado...

Dejo de escuchar, porque en ese preciso instante aparece él. El desconcierto que llevo sintiendo desde esta mañana crece y se convierte en una carga pesada en el estómago.

«¿Lo notas, Chels? El vértigo siempre anuncia algo increíble», suena una voz en mi cabeza que ignora a conciencia. La destierro al *antes*, como todo lo que tiene que ver con él.

Maldigo mi cuerpo y mis tripas, porque un mal presentimiento no hace justicia al hecho de toparme de nuevo con Miles, con la última persona que desearía ver en todo el maldito mundo. Claro que, siendo justas, nada podría haberme preparado para ello.

Intento dar la vuelta y encerrarme de nuevo en mi casa. Son solo cinco segundos hasta la puerta que me pondría a salvo, pero no tengo tiempo de hacerlo.

Como si me hubiera olido, Miles se gira hacia mí y me descubre.

Hay algo distinto cuando nuestras miradas se cruzan. Cuando chocan en medio de una sala atestada de gente y, aun así, consiguen aislarse y centrarse tan solo la una en la otra. Es como si nada más existiera. Solo nosotros.

Me fijo en sus ojos, de ese tono de azul que parece el lienzo de un cielo o un mar revuelto, que ahora reflejan sorpresa, aunque la esconde enseguida. En su pelo castaño y cuidadosamente despeinado, en su mandíbula cuadrada y su barba de pocos días, en ese gesto serio, evaluativo. Ojalá no siguiese igual de guapo, ya que hubiera sido un detalle por su parte.

Al menos, tiene la decencia de no sonreír después de lo que me hizo.

Viste unos vaqueros desgastados y una camiseta básica de manga larga, que oculta todos sus tatuajes. Tatuajes que conozco muy bien. Incluso reconozco los trazados de uno nuevo, que sube desde el hombro hasta el cuello.

—¿Quién es ese?

Rompo el contacto visual cuando escucho la pregunta de mi amiga, que se ha debido de percatar de todo.

Por suerte, él no se acerca, sino que se queda hablando con un par de invitados.

—Se llama Miles —responde Nate—. Él es el dueño de este ático, no yo.

—¿Miles? ¿Tu Miles? —exclama sorprendida y en un tono que sobrepasa por mucho el nivel de decibelios que implica la intimidación.

«Sí, Sky, mi Miles. ¿Podrías, por favor, disimular un poquito delante de su mejor amigo? Gracias».

—No sé de qué Miles hablas —respondo, en cambio.

—Pues vas a tener que saberlo, porque vives justo detrás de esa puerta de ahí —continúa Sky, mi antigua mejor amiga. Ninguna mejor amiga, que se precie, me atacaría de esta manera, así que ha perdido sus derechos.

—¿Vives en el otro ático? —inquire Nate y echa una ojeada hacia atrás, hacia Miles.

—Desde hace dos años, sí.

—Vaya. Qué... casualidad —comenta, aunque no parece creerlo en absoluto—. Ven, anda. Hace años que no nos vemos, Chels.

Vamos a tener que ponernos al día. Te he echado mucho de menos —admite y tira de mí para darme un nuevo abrazo.

Me dejo hacer y, al final, termino por abrazarlo también.

Siento algo cálido recorriéndome el cuerpo. Es una sensación increíble volver a abrazar a Nate Cooper.

Noto una mirada clavada en nosotros, una que escuece demasiado, pero la ignoro.

Nate y yo estuvimos muy unidos, al margen de lo que pasase con Miles. Dejamos de vernos después de la ruptura. No fue problema de confianza, sino de espacio, de necesitar cosas diferentes. Perder a Miles, me llevó a perder todo lo que tenía *antes*.

—¿Me presentas a tu acompañante? —pregunta tras separarse. Mira a Skylar con una sonrisa que conozco muy bien: su sonrisa seductora.

Genial, sencillamente genial.

—Su acompañante no necesita que la presenten —suelta ella con otra sonrisa igual que la de Nate—. Soy Skylar Turner, pero mis amigos me llaman Sky.

—¿Y cómo quieres que te llame yo?

—Vamos a esperar a ver qué tal va la noche y ya lo decidiremos mañana, cuando amanezcamos juntos.

Nate me dedica una mirada de sorpresa; una que quiere decir algo tipo: ¿de dónde has sacado a una chica como esta?

—¿Te importa si te hago un *spoiler*? —cuestiona él y vuelve a dibujar esa sonrisa seductora—. Te invito a una copa, Sky. Así tendrás algo que beber mientras te hago el *tour* por la casa de mi amigo. Espera a ver el dormitorio. Tiene una cama enorme.

—Ya veremos, Nate. Ya veremos —responde y le guiña un ojo. Después, une mi brazo con el de ella y tira de mí, dando por finalizada la conversación—. Vamos a por unas bebidas, y quizá nos veamos luego por ahí —dice con la cabeza girada para dedicarle una última mirada—. Hay que dejarlos con ganas, porque así mantienen el interés —murmura entonces, para que solo yo la oiga.

Soltamos una carcajada y nos encaminamos hacia la barra donde se encuentran las botellas.

—No sé si me apetece beber, Sky. Creo que debería irme a casa —dejo caer.

—¿Por qué? ¿Por Miles? —trata de adivinar—. Creía que hacía años que lo tenías superado, que ya no te importaba nada, que lo habías dejado atrás.

Noto su tono irónico, pero lo ignoro a conciencia.

Le he repetido tantas veces esas mismas palabras, que no me sorprende que ahora las utilice en mi contra.

Pero es que era así.

Pensaba que Miles era un capítulo de mi vida muerto y enterrado. Como un libro que detestas y lo relegas al último rincón de tu estantería para no tener que volver a encontrarte con él. Hasta que lo he visto de nuevo y ese rencor ha vuelto a resurgir. No debería sentir rencor, ni odio, sino una reconfortante indiferencia.

—No vamos a irnos, Ce —afirma Sky—. Vamos a quedarnos y a pasárnoslo bien. ¿Sabes por qué? —Niego con la cabeza, incapaz de articular palabra todavía—. Para restregarle lo bien que te va y lo mucho que se ha perdido. Es un capullo, pero tú eres genial y tu vida es fabulosa. Es hora de que lamente haberte dejado ir.

Esbozo una pequeña sonrisa y decido perdonarla. Sí que es mi mejor amiga.

Skylar prepara los cubatas mientras yo me fijo en la casa, en las diferencias con respecto a la mía. Ya no queda nada del estilo clásico y anticuado de la señora Evans. El piso ha sido reformado y ni siquiera parece el mismo. Miles le ha dado un toque más... personal. Lo reconozco en esos detalles que sé que son propios de él. La cocina de fogones, porque odia la inducción. Las paredes en tonos grises, como fiel enemigo de cualquier color. Las cuatro guitarras eléctricas colgadas en una pared del salón que son un recordatorio de su vida. Hay gente tomándose fotografías junto a esos instrumentos, como si fuesen un monumento famoso. Dada la trayectoria de Wandering Souls, probablemente lo sean.

—Toma, bebe —me ordena Sky y me tiende un vaso. Doy un pequeño trago para probarlo, pero lo ha preparado bien. Dulce y con poco alcohol, como a mí me gusta—. Te lo he puesto más suave que de costumbre, porque las dos sabemos que no tomas buenas decisiones cuando bebes.

Eso tampoco puedo discutirse. El alcohol me lleva a decir y realizar locuras. Esas locuras con Miles cerca podrían convertirse en auténticos desastres.

Siento un escalofrío recorriéndome la espalda antes de notar cómo alguien se sitúa detrás de mí. Sé de quién se trata sin necesidad de girarme.

—Buenas noches, Chels —me saluda una voz ronca, rasgada, que se asemeja más bien a un susurro.

Vale, ahora es cuando necesito esa indiferencia de la que hablaba antes.

—Soy Chelsea para ti —respondo cuando nuestras miradas vuelven a encontrarse, sin esa conexión que hemos compartido antes—. Hace mucho tiempo que perdiste el derecho de llamarme así.

Veo el dolor atravesar sus ojos azules. Un instante, solo uno, antes de sonreír otra vez.

—Fui yo quien te puso el apodo, por lo que no puedo perder ese derecho —replica, en cambio.

Me quedo en silencio, mirándolo.

Él hace lo mismo, solo que su expresión es diferente. Está evaluando los daños; yo estoy escondiéndolos.

Este es nuestro primer encuentro en cinco años.

En este tiempo he imaginado varias veces cómo sería este momento, si llegaba a producirse. En ninguno de esos escenarios era mi nuevo vecino.

Decido que, por ahora, es mejor una retirada.

Me vuelvo hacia Sky para escaparme con ella y descubro que ha desaparecido. La muy desgraciada ha pensado que necesitaba una charla a solas con Miles y ha hecho una bomba de humo.

Vuelvo a revocar sus derechos: nuestra amistad fue bonita mientras duró, pero ya está, tiene que morir.

—Te veo muy bien —insiste Miles, que parece tener ganas de iniciar una conversación.

Una conversación que no estoy respondiendo.

Sin embargo, ya que Sky se ha ido y que él está aquí, decido no escapar. Afrontarlo como una persona adulta. Doy un trago a mi copa. Pequeño, porque sigo queriendo evitar el desastre.

—¿Por qué has comprado esta casa, Miles? ¿Ha sido casualidad o estás intentando joderme un poco más?

Adiós, indiferencia.

—Estaba buscando un ático y encontré esta oferta. No pretendo joderte, Chelsea. Esa nunca fue mi intención. —Mi nombre completo en sus labios suena mal, extraño. Como si no fuese su auténtica voz, porque esta nunca lo dijo de esa manera—. Solo intento... huir.

—Tienes suerte. Huir siempre fue tu especialidad —espeto y me giro dispuesta a irme.

—Lo sé —admite antes y, cuando mi mirada me traiciona para buscar la de él, me sorprende verlo con los ojos fijos en el suelo. Miles Stones no es de los que agacha la cabeza. Nunca. Ni de los que admite derrotas—. Solo que ahora lo estoy haciendo al revés. Intento huir de vuelta. Salir de un mundo falso en el que nunca debí haber entrado y correr hacia lo que es real.

No quiero sus explicaciones.

Miles y yo no somos amigos. Si quiere desahogarse, tiene una treintena de personas en esta casa más dispuestas a escucharlo que yo. Tiene a todo el maldito mundo a sus pies.

Así que, me alejo sin añadir nada, dando otro trago de mi copa.

Busco a Skylar con la mirada, pero no la encuentro. Debe de estar haciendo ese *tour* privado que va a terminar en la cama.

No puedo culparla. Nate es guapo, muy guapo. Quizá no tanto como Miles, pero, sin duda, hubiese sido una mejor opción en el pasado.

Solo que, en ese pasado, fue Miles quien quiso ligar conmigo  
en aquel bar en el que estuve dos años trabajando como camarera.  
En ese pasado, fue Miles quien me enamoró.  
En ese pasado, fue Miles quien me destrozó.



# Capítulo 2

Recuerdo esa noche como si hubiese sucedido ayer.

Era un jueves poco concurrido. Aun así, Camille y yo no dábamos abasto.

Ambas, detrás de la barra del Deep Barrel, nos movíamos a un ritmo casi frenético.

Yo tenía dieciocho años y estaba llena de energía y vitalidad.

Llegaron hacia el final de la noche. Cuatro chicos jóvenes, todos guapos, felices y eufóricos. Venían de un bolo que había salido bien. En esa época, tener veinte personas de público y que disfrutaran de sus *covers* era un subidón para ellos.

Yo no conocía de nada su grupo, pero su alegría era contagiosa.

—¿Nos pones una ronda de cervezas y otra de chupitos de tequila? —me pidió uno en la barra. Por aquel entonces, no llegaba a imaginar lo unida que terminaría estando a Nate Cooper—. Y otra para vosotras, yo invito.

—No podemos beber mientras trabajamos —informé.

—¿Ni un poquito? —insistió y esbozó una sonrisa. No fue la seductora, sino otra más inocente, más aniñada. Una que acostumbraba a enseñar cuando quería salirse con la suya—. Hoy hemos triunfado y queremos celebrarlo con todo el mundo.

—¿Qué os ha pasado hoy? —me interesé mientras servía las cervezas.

A veces, esas preguntas eran parte de mi trabajo. Mostrarme simpática con los clientes, incitarlos a gastar más.

En esa ocasión, mi curiosidad era genuina. Estaban tan felices, que deseaba conocer los motivos.

—Es el primer bolo que llenamos la sala. El *pub* donde lo hemos hecho nos ha ofrecido otra fecha y vamos a repetir. ¡Quieren incluso pagarnos!

—¿No os han pagado esta vez?

—Solo en cerveza. Nos han cedido un local y con eso es suficiente. Aún estamos haciéndonos un nombre, pero terminaremos por tenerlo. Nosotros somos buenos, y él es increíble.

Seguí la dirección que señalaba y me encontré con Miles. Me fijé en sus ojos azules sacados de un libro de fantasía, en esa sonrisa hipnótica, en su brazo musculoso y repleto de tatuajes. Se estaba riendo con sus amigos mientras jugaban una partida de billar y esperaban las cervezas.

Me quedé prendada más tiempo del que debía, porque el chico al que atendía me llamó la atención.

—Sí, ese es justamente el efecto que provoca —comentó con una sonrisa—. Y eso que ni siquiera lo has escuchado cantar.

—¿Cómo os llamáis? —pregunté, aunque en realidad lo que quería saber era: ¿cómo se llama?

—Wandering Souls. Yo soy Nate, por cierto.

—Chelsea.

Para mi sorpresa, Nate apoyó las manos en la barra, tomó impulso y me dio un beso en la mejilla para finalizar la presentación.

—Perdona, ha sido un arrebato —se disculpó de inmediato.

Se notaba todavía la adrenalina corriendo por sus venas.

Sonreí para quitarle importancia. No me había sentido invadida, ni acosada.

Tendí las cervezas y los chupitos hacia él, y ensanché la sonrisa.

—Invita la casa —informé.

—No es necesario, puedo...

—Sé que no es necesario, pero quiero hacerlo. Por el éxito de Wandering Souls.

—¿A qué hora cerráis?

Miré el reloj que descansaba en la pared, enorme y con números azules y luminosos.

—En media hora —me percaté. La noche se me había pasado volando—. Vais a tener que celebrarlo rápido.

—No será rápido —contradijo con una sonrisa—. Dentro de treinta minutos ya no estarás trabajando. Lo celebraremos entonces —dijo y me guiñó un ojo.

Uno de sus amigos se acercó para ayudarlo a llevar las bebidas y Nate se sumó a la celebración.

Volví a buscar a Miles y lo descubrí con la mirada clavada en mí. Alzó su botellín, bebió un trago de cerveza y me guiñó un ojo. «Gracias», leí en sus labios.

—Tía, están buenísimos —comentó Camille a mi lado.

No éramos íntimas, pero trabajábamos juntas y era lo más cercano que tenía a una amiga, exceptuando a mi hermana Mia.

—No están nada mal, no.

Al final, fueron cuarenta minutos más. El resto de los clientes abandonaron el local, pero Camille y yo nos acercamos a la banda.

—Cerráis, ¿no? —comentó otro de ellos, que más tarde descubriría que se trataba de Beau, el batería.

—Solo para clientes que no van a hacerse famosos —bromeé—. Para vosotros, el bar se queda disponible.

No quise cortar la fiesta. Hablé con Josh, el encargado de seguridad, y le dije que me hacía cargo.

Camille sirvió las siguientes cervezas y chupitos, pero esta vez para todos.

—¡Por Wandering Souls! —exclamé mientras alzaba el tequila.

—¡Y por Miles Stones, el cabrón que nos llevará a la fama! —gritó Nate.

Miré a Miles.

Él negó con la cabeza y dibujó una pequeña sonrisa, cohibido por las palabras de su amigo. Parecía como si de verdad no las creyera.

Todos nos bebimos el primer chupito, y los dos que siguieron detrás.

Wandering Souls estaba formado por Jeremiah, Nate, Beau y Miles, cuatro jóvenes entusiastas.

Nos presentamos formalmente. Nos dimos un beso en la mejilla.

Cuando llegó el turno de Miles, colocó la mano en mi cadera y apretó con suavidad. Sus labios también fueron suaves y los posó más cerca de la comisura que de la mejilla.

Al separarnos, me di cuenta de que no dejábamos de mirarnos.

No os voy a engañar, no es que me enamorara en ese momento, pero Miles Stones era atractivo, *muy* atractivo. Y esa noche, con la felicidad y el ego subidos, tenía un aura que atraía mucho más.

Camille volvió a encender la música, a un volumen mucho menos elevado, pero suficiente para nosotros, ahora que el bar no estaba repleto de voces. Sonaba alguna emisora de rock y nos movíamos a su son.

Bailé con Nate y, cuando la canción llegaba a su fin, Miles me cogió de la mano y se acercó a mí. El alcohol fluía por nuestras venas, casi tanto como las risas.

—Me encanta esta canción. Baila conmigo —me pidió.

Solté una carcajada.

—Has venido antes de que terminara la anterior, ni siquiera sabes cuál suena —lo acusé.

No fue en serio, claro que no. Estaba más que encantada de bailar con él.

Camille hacía lo mismo con Nate, mientras los otros chicos bebían y hablaban entre ellos.

—Claro que sé qué canción suena —me aseguró. Tuvo que esperar unos segundos antes de reconocerla y responder—: *Say you won't let go* —dijo al final entre risas—. ¿Lo ves? Sabía que me encantaba.

Volví a reírme y bailé con él.

Miles cantaba estrofas sueltas; algunas veces con su boca tan pegada a mi oído que me provocaba escalofríos.

Entendía a Nate. Vaya, si lo entendía.

Miles tenía la voz más jodidamente sexi de todo el maldito planeta.

Después de escuchar los sonidos que producía, el silencio dejó de tener sentido, y yo me quedé ahí, atrapada en esos labios, pensando en si besaría igual que cantaba.

Bailamos durante un rato más. Tanto, que Jeremiah y Beau se retiraron.

Los siguieron Nate y Camille, solo que ellos no se fueron del bar, solo buscaron un rincón más íntimo.

Miles y yo hablamos sin cesar. Me dijo que tenía veinte años, que su sueño era triunfar en el rock, que Nate era como un hermano para él, que adoraba la pizza, los perros y la nieve. Sus manos a veces me acariciaban los brazos o la espalda, y yo respondía rozándolo con mis dedos, disfrutando del tacto de su piel, de ese juego inocente que se anticipa al deseo, porque no nos atrevíamos a dar un paso más, pero nos estábamos tanteando para ver cómo reaccionaba el otro.

Ambos dejamos de movernos a la vez cuando la música se detuvo.

Lo que no dejamos fue de mirarnos.

Había tanta intensidad en nuestros ojos, que incluso quemaba.

Estábamos cerca de la mesa de billar. Lo recuerdo porque Miles dio un paso hacia mí, y después otro, y de pronto la noté en mi espalda.

—Se ha terminado la música —comenté, casi aturdida. ¿Fue el tequila? ¿Fue la mirada de Miles? No puedo asegurarlo. Quizá, una mezcla de ambos.

—La música nunca se termina mientras estás con un cantante —murmuró, de nuevo esa voz ronca.

—¿Tenéis vuestras propias canciones o hacéis *covers*? —curioseé, tratando de sobrevivir a la intensidad de ese azul que me abrasaba.

—Solemos interpretar canciones conocidas de otros grupos, pero también compongo. A veces, colamos alguna en un bolo, para ver qué acogida tiene.

—Cántame una de esas.

—¿Una de las mías?

Por primera vez en la noche, lo vi nervioso.

—Quiero saber qué tiene Miles Stones para ofrecer —aseguré con una sonrisa.

Él me correspondió el gesto.

—Eres peligrosa —soltó de pronto.

—¿Peligrosa?

Pero no respondió. Apoyó las manos en la mesa de billar, una a cada lado de mi cuerpo. Terminé casi sentada encima del tablero, recostada un poco hacia atrás. Miles se acercó, me rozó la mejilla con los labios y los dejó muy cerca de mi oído.

Entonces, empezó a cantar.

Su voz era rasgada y ronca, muy ronca. Casi parecía un susurro.

*—I met her in a bar, she is bright, I'm dark. She makes me feel like I was a star. It's only been two hours, but I can't help looking at her lips, and think that kissing her would be like breathing again after feeling how she suffocated me.*

Sabía que la estaba improvisando para mí en ese preciso instante.

Su voz me erizó la piel y se me metió dentro. Mis latidos se dispararon a un ritmo frenético. Intenté reaccionar, pero lo único que me salió fue una carcajada temblorosa.

—¿Eso es todo lo que puedes componer, Stones? —Me reí, utilizando su apellido, incapaz de decir nada más, de admitir nada más. Esa era mi forma de esquivar la intensidad del momento.

—Chels, Chels... —murmuró y se separó de mi oído para volver a mirarme—. No seas demasiado exigente, he tomado mucho alcohol.

Fue la primera vez que me llamó así. Después de ese momento, nunca volvió a utilizar mi nombre completo. Nadie de Wandering Souls lo hizo, a decir verdad.

—Así que el alcohol inhibe tus facultades. Creía que a los artistas os ayudaba.

—No inhibe *todas* mis facultades —comentó y esbozó una sonrisa canalla—. Además, no es el alcohol lo único que me distrae.

Sus ojos bajaron a mis labios y se quedaron ahí varios segundos, hasta que subieron de nuevo y se encontraron con los míos.

Tuve que tragar saliva, despacio.

—¿Qué más te distrae? —pregunté. Conocía la respuesta, notaba la tensión entre nosotros, pero quería escucharla de todos modos.

—Digamos que esta pierna de aquí —dijo, mientras la cogía entre sus manos y la ponía a un lado de su cuerpo para poder aproximarse más—. Y esta también. —Hizo lo mismo con la otra. Yo seguía sentada sobre la mesa de billar, ahora con él entre mis piernas. No nos estábamos tocando de un modo obsceno, ni un roce siquiera, pero cada vez me excitaba más. Miles no solo era atractivo, era tan hipnótico que necesitaba sentir mucho más—. Por no hablar de estos labios de...

Acompañó sus palabras con una suave caricia de los dedos en mi labio inferior.

Y ya está. Fue más de lo que pude soportar.

Llevé mis manos a su nuca y lo atraje hacia mí con tanta fuerza que nuestras bocas chocaron.

Solté una carcajada y él un gruñido.

Su lengua enseguida se abrió camino y me di cuenta de que Miles Stones besaba como cantaba: de una forma jodidamente sexi.

Bajé las manos hasta su trasero y lo apreté contra mí.

Necesitaba notar más de él. Estaba tan excitado, tan duro, que vaya si lo noté. Se le escapó otro gemido, esta vez más ronco, más profundo, más gutural.

—Joder, Chels... Si sigues así no voy a poder parar.

—¿Te parece que quiero parar? —pregunté en su oído.

—Sabía que eras peligrosa.

Lo atraje hacia mí. Llevé los labios a su cuello y comencé a besarlo de nuevo.

Eso lo terminó de enloquecer.

Miles me besó en la boca, en el cuello, en la clavícula... Bajó la tela de mi escote y continuó su recorrido por mis pechos. Se metió uno en la boca y fui yo quien jadeó esa vez. Noté cómo una mano se perdía bajo mi vestido, buscando darme más placer. Apartó mi ropa interior y me acarició, frotando con la presión justa, con el ritmo perfecto.

Me recosté un poco hacia atrás, sin dejar de gemir. Apenas podía creerme lo rápido que estaba pasando todo, lo mucho que me había encendido.

Abrí los ojos un instante y me topé de lleno con la mirada de Miles, tan azul, tan cristalina, tan caliente en ese instante.

Nos quedamos así, mirándonos, mientras él conseguía que me corriese en apenas un par de minutos.

—Joder —dijo Miles cuando notó mi orgasmo, como si eso le hubiera excitado todavía más.

—Eso debería decirlo yo... —bromeé casi sin voz y me incorporé un poco. Llevé las manos hacia su pecho para acariciarlo y fui descendiendo, pero me detuvo antes—. ¿Qué pasa?

—No quiero terminar así.

—¿Y qué quieres?

—Quiero follarte encima de esta mesa de billar.

Me miró un momento, esperando mi respuesta.

Asentí con una sonrisa y me mordí el labio inferior. Yo también lo quería.

Sacó un preservativo de su cartera y se lo colocó enseguida. Me empujó de vuelta hacia atrás, se hizo hueco entre mis piernas y entró de una sola embestida. Estaba tan húmeda, que no le costó trabajo. Tuvo que esperar un instante y recobrar el aliento antes de comenzar a moverse.

Comprobé también que Miles follaba como besaba, como cantaba.

Nos acariciamos, nos besamos, nos respiramos, nos corrimos.

No tuvo nada de romántico, ni se pareció en nada a hacer el amor, pero fue justo eso lo que empezó esa noche: nuestra particular historia de amor.

Terminamos exhaustos, ambos apoyados sobre la mesa de billar mientras recuperábamos el aliento.

Nate y Camille aparecieron poco después.

—¡Perdón! —dijo ella—. ¡Teníamos que salir, pero ya nos vamos!

Corrieron hacia la salida y nosotros nos reímos.

—Así que, esta es la forma en la que Wandering Souls celebra sus éxitos —comenté. No sé por qué lo hice. Supongo que quería comprobar si había sido una más o si significaba otra cosa.

—Espero que no —respondió serio—. El próximo bolo no es hasta el viernes que viene y yo quiero repetir contigo todos los días hasta entonces.

Y repetimos durante más de dos años, pero hace demasiado tiempo de aquello.

Saco todo eso de mi cabeza, dejo la copa a medias sobre la mesa de cristal del comedor y huyo hacia mi casa.

El nudo del estómago aprieta un poco, pero voy a deshacerlo.

Miles desapareció de mi vida hace cinco años. Ya no siento nada por él, pero detesto la idea de que vaya a ser mi vecino.

«¿Ves cómo no soy *una dramas*, Sky?».



# Capítulo 3

Sky y yo nos conocimos por una de esas casualidades geniales que tiene la vida.

Yo estaba en la cola del aseo en una discoteca, ella apareció con más necesidad que paciencia. La dejé pasar, me invitó a una copa para agradecérmelo, que nos convenció para vernos otro día... Y aquí estamos: cuatro años después se ha convertido en mi mejor amiga. Quizá porque tenemos una conexión única.

Creo que ha sido eso lo que nos ha llevado a escribirnos a la vez, para quedar en nuestro lugar especial. Ahora tenemos que ir con más cuidado, pero no vamos a renunciar a él.

Se presenta en mi casa cerca del atardecer, con una botella de lambrusco en la mano.

—¿Subimos? —pregunta, sin llegar a entrar.

—Calla, no lo digas tan alto —murmuro—. La señora Evans no se enteraba de nada, pero ahora... Mejor ir con cuidado. Vigila.

—¿Qué quieres que vigile? Si se abre la puerta, se abre. No puedo controlarlo.

Tiene razón, claro. Eso es lo que me preocupa: el escaso margen de maniobra del que disponemos. El acceso para subir a la terraza está a la izquierda, en el pasillo. La casa de Miles está a unos metros escasos y, si sale o entra en este instante, nos pillaré de pleno.

Controlo la puerta, porque está cerrada con llave. Además, he añadido una cinta de seguridad que baliza el paso. No es la misma, pero similar a las que utilizan para marcar la zona de un crimen.

Es una larga historia.

Abro con mi copia y pasamos. Vuelvo a colocar la cinta para que no se note nada, cierro con llave y subimos los escalones que quedan.

Creo que este es mi lugar favorito de todo San Francisco; quizá, también, por lo que hemos construido Sky y yo aquí arriba.

En un principio, el uso de esta terraza era algo común, pero pronto observamos que nadie la utilizaba, y nos pareció un desperdicio que casi doscientos metros, con unas vistas espectaculares de la ciudad, se malgastaran de esa forma. Así que decidimos aprovecharlos.

Empecé con algo sencillo y lo convertí en mi huerto particular. Aquí crecen decenas de vegetales que utilizo para mis platos, además de plantas aromáticas.

Después, a Sky se le ocurrió comprar una mesa y unas sillas, para poder cenar aquí arriba. Luego, un sofá, unos cojines para tirarlos al suelo y ver las estrellas tumbadas.

Cerramos el paso, inventando mil excusas para que nadie invadiera nuestro espacio.

Normalmente, nadie subía, pero no queríamos arriesgarnos.

Fuimos improvisando según las necesidades.

Cuando nos quisimos dar cuenta, teníamos también una nevera, una barbacoa, un armario para el menaje, un columpio y, lo mejor de todo, un *jacuzzi*. Tuvimos que consultar los planos del edificio y a un ingeniero para saber si aguantaría el peso del agua.

Fue sencillo subir todo, porque fingimos que era para mi casa.

La pobre señora Evans nunca se enteró de nada.

—Somos unos genios —comenta Sky una vez arriba, cerca de la barandilla de cristal.

Desde aquí, puedo ver el océano Pacífico, la bahía de San Francisco y el Golden Gate. Si sabes dónde mirar, incluso se ve la isla de Alcatraz, pequeña, y a lo lejos. Siempre y cuando no haya niebla, que es algo difícil en esta ciudad.

—Eso tengo que concedértelo —admito.

—Ven, vamos a brindar.

Skyler saca dos copas, las llena hasta arriba con el lambrusco que ha traído y me acerca una.

—Te lo tiraste —suelto de pronto, y dejo escapar una carcajada—. Vamos a brindar por eso, ¿verdad?

—Te juro, Ce, que fueron los mejores polvos de mi vida. —Suspira y se deja caer en el sofá.

—No hace falta que me lo jures, te creo.

Sus ojos se abren sorprendidos y me mira.

—¿Tú y Nate...?

—¿Qué? ¡Por Dios, Sky, no digas esas cosas! ¡Claro que no! —exclamo y me río—. Es solo que conozco su fama. Te he hablado de él. Nate fue como un hermano, y nunca lo miré de ese modo.

—Ya, claro, perdona. Hubiera sido raro, porque tú salías con su mejor amigo. ¿Qué tal eso, por cierto? ¿Cómo fue reencontrarte con el famoso Miles Stones?

—Nunca te perdonaré que te largaras y me dejaras a solas con él —aseguro, aunque no lo digo en serio.

—Las tiritas hay que arrancarlas de cuajo. Estábamos en su casa, y ya os habíais visto. Necesitabais una conversación —afirma, como si fuese obvio—. Y yo no iba a estar presente. Me quité del medio para hacerte un favor.

—Y el favor te lo llevaste tú —bromeo.

Sky se ríe y la imito.

—Vale, sí, tienes razón. Pero lo hice por ti. De verdad, creí que te vendría bien. ¿Cómo fue?

—Fue... raro. No se han revuelto sentimientos ni nada de eso, si es lo que estás pensando. Es solo que lo nuestro terminó hace tiempo y no terminó bien. No me apetece tener que verlo todos los días.

—Y nosotras que pensábamos que por fin nos habríamos librado de él... Pero bueno, lo seguiremos evitando. Lo hemos hecho hasta ahora.

Sky alarga la mano para estrechar la mía con cariño.

Asiento, sin estar muy convencida, y doy un pequeño sorbo.

Sky me conoció después de la ruptura, pero me encontró tan hecha polvo, que la ha vivido conmigo, como si siempre hubiera estado ahí. Sabe lo mal que lo pasé, y lo mucho que me costó salir de ese pozo oscuro en el que me había metido, porque olvidar a una persona que te ha dejado, cuando aún estabas enamorada, es un proceso largo y complicado.

Requiere de voluntad y fortaleza, pero también de tiempo y distancia.

Pero, olvidar a una persona que además es una estrella en todo el maldito país..., eso sí que es una auténtica mierda.

Nunca hubo esa distancia, porque Miles nunca desapareció del todo.

Su voz estaba presente en cada bar y discoteca que reproducía sus canciones, en las radios de los taxis y de las peluquerías.

Su cara aparecía en los carteles de la calle, en todas las televisiones, en las revistas del corazón.

«¿Quién ha conquistado el corazón de Miles Stones? Descúbrelo en la página cuarenta y dos».

*Spoiler:* en la página cuarenta y dos no estaba yo.

Y, a veces, cuando parecía estar a salvo, eran mis propios conocidos los que hablaban de él. Incluso los desconocidos.

Porque, durante un tiempo, Miles Stones y Wandering Souls fue de lo único de lo que se habló en toda la ciudad de San Francisco.

Hace unos meses anunció su retirada, mientras estaba en la cumbre de la fama. Iban a tomarse un descanso durante un tiempo indefinido.

Para entonces, ya no era el Miles que yo había conocido. Tampoco sentía nada por él.

Aun así, supuso un respiro no tener que seguir lidiando con su omnipresencia.

Y ahora es mi jodido vecino.

—Antes has dicho polvos, Sky —digo de pronto, porque no me apetece seguir hablando de Miles—. ¿Polvos? ¿Repetisteis?

—Tres veces —responde, y se lleva las manos a la cara para taparse los ojos, como si sintiera vergüenza, aunque sabemos que no es así.

—Bueno, me alegra que alguien disfrutara de la noche, al menos.

—He pensado en volver a quedar con él... —empieza y me mira, esperando mi reacción—. Si te parece bien, claro.

—¿Por qué iba a parecerme mal?

—Porque es el mejor amigo de Miles y quizá sea raro para ti.

Vale, eso no lo he pensado, desde luego. Sin embargo, no veo peligro en que se líen. Conozco a Sky y conozco a Nate. Ninguno de los dos se presta a relaciones serias, y cerradas.

—Si quieres tirártelo, adelante.

Se levanta de un salto y se lanza a abrazarme, de forma tan brusca, que acaba derramando el contenido de las dos copas.

Nos reímos por su torpeza, pero así es ella, celebrando con efusividad que va a tener más sexo.

—Me dijo que le gustaría quedar contigo un día —me informa después, cuando ya estamos sentadas de nuevo—. Habla muy bien de ti. Se nota que te tiene mucho aprecio.

—Y yo a él —admito. Quizá llevemos años sin hablar, pero nunca lo guardé rencor por elegir a Miles. Él era su mejor amigo, y la catástrofe no dejó medias tintas. Era un bando u otro. Yo tampoco se lo puse fácil, porque cortar con Miles supuso cortar con todo lo que tenía relación con él—. Dale mi número si quieres, y hablaremos por ahí.

Sky se levanta para rellenar las copas, pero tarda en regresar.

Cuando me giro hacia ella, veo que se está quitando la ropa.

—Vamos a bañarnos —me dice—. Quiero ver el atardecer desde el *jacuzzi*. Tenemos muchas cosas que celebrar.

Se queda desnuda y entra en el agua.

Yo la imito.

Cojo la copa cuando me la tiende y me siento a su lado, ambas mirando hacia la puesta de sol. Estamos en octubre, pero este son

el tipo de locuras que puedo hacer con Sky. El agua está caliente y tenemos una estufa de butano cerca del agua para no congelarnos al salir, y eso también ayuda.

—¿Por qué vamos a brindar ahora? —pregunto con curiosidad.

—Por cerrar un capítulo. Sé que solo ves el lado negativo, pero no es malo que Miles sea tu vecino. Ahora puedes demostrarle que no significa nada. Él eligió la fama por encima de ti, pero ¿sabes qué? Que fue él quien perdió, Ce. Mírate. Tu carrera no tiene nada que envidiar a la de él. Tienes veintiséis años y una maldita estrella Michelin. Eres fuerte, valiente e independiente. Además, estás buenísima, joder. Eres una mujer tan espectacular que va a lamentar su decisión. Te lo prometo.

Sky alza su copa para brindar y yo la imito, porque suena realmente bien.

Me gusta creer en ese tipo de karma que dicen que devuelve el daño que te hacen, y Miles forma parte del pasado, pero, no voy a mentir, no me importaría que ese karma se lo devolviera un poco. Que sufriera, aunque sea una ínfima parte de lo que sufrí yo, porque eso ya le dolería.

Le dolería demasiado.



# Capítulo 4

Mi hermana Mia tiene el don de la oportunidad.

Recibo su videollamada semanal cuando tengo las manos manchadas de salsa de frutos rojos. Me limpio en un paño con rapidez y la acepto.

—¡Buenos días! —exclama con un énfasis impropio para ser tan temprano. Ella reside en Chicago y, a menudo, olvido las dos horas de diferencia horaria que separan mi ciudad de la de ella—. Chelsea Adams, dime, por favor, que lo que veo en la cámara no es real.

—¿Qué ves en la cámara?

—Que allí son todavía las nueve de la mañana y ya tienes toda la cocina empantanada porque estás cocinando.

—Me gusta cocinar temprano. Tengo mejores ideas —afirmo, aunque eso no es del todo cierto. La verdad es que hace mucho tiempo que no tengo buenas ideas, pero eso no pienso admitirlo ante nadie. Ni siquiera a mi hermana.

—Estás enferma —dice al final—. ¡Audrey, ven a saludar a la tita!

Dejo de remover la salsa y miro a la cámara cuando veo aparecer a mi sobrina.

Audrey tiene cinco años y es una réplica de Mia en miniatura, con su pelo rubio y sus ojos marrones y despiertos. Es una suerte que se parezca ella, pues es madre soltera. El padre salió de un banco de esperma. Mi hermana siempre tuvo claro que quería tener un bebé y se bastaba ella sola.

Sé que es más duro de lo que deja ver. Sobre todo al principio, cuando en estas mismas videollamadas, aparecía con unas ojeras hasta el suelo y cara de no haber dormido en días.

Nunca me pidió ayuda, aunque hice todo lo que pude, teniendo en cuenta que vivimos en distintos estados.

Ambas somos un poco parecidas en ese sentido. Nos cuesta apoyarnos en los demás, aun si esos demás es nuestra única hermana. También tenemos problemas para expresar nuestras emociones. Consecuencias de tener unos padres de mierda.

Por suerte, Mia ya ha recuperado la vitalidad que la caracteriza.

—¡Hola, Yey-yey! —saludo a la pequeña. Fue el mote cariñoso que le puse porque, al principio, cuando aún estaba aprendiendo a hablar, decía justo eso cuando las visitaba.

Ella me llama del mismo modo.

Audrey coge el móvil y se lo acerca tanto a la cara que tengo una visión en primer plano de su nariz.

—¡Hola! —exclama ella—. ¡Te has manchado la cara de lila!

—Estoy cocinando algo muy rico.

—¿Puedo probarlo?

—Claro, cuando vengáis te haré un millón de platos que te gusten.

—Me gusta el chocolate y las fresas —informa con una sonrisa, como si no conociese a la perfección sus escasos gustos culinarios—. Pero Yey-yey, no hace falta que sean un millón. No sé si podría comer tanto.

—Por supuesto que no podrías —niega Mia a su lado.

—Comeremos más cuando mamá no se entere. —No soy un ejemplo para educar a mi sobrina, pero nos vemos muy poco, así que mi misión es consentirla.

—¿Puedo ver a Rocket? ¿Me ha echado de menos?

—Vamos a buscarlo.

Rocket está durmiendo en el sofá, como casi siempre.

Lo enfoco para que lo vea, pero respetando su sueño.

Hablo un rato con la pequeña, hasta que se aburre del móvil, lo deja caer al sofá y se va a jugar a algún sitio. Audrey es muy así: de vivir el momento sin importar nada más.

Espero unos segundos y veo aparecer la cara de mi hermana esta vez.

—Chelsea, sé que no me vas a hacer caso, pero igualmente te lo diré.

—Dispara.

—El día de descanso en el trabajo sirve para eso, ¿sabes? Para descansar —señala la evidencia—. Quizá deberías hacerlo.

—Solo cocinaré por la mañana.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

Mia asiente, conforme. Pese a todos nuestros defectos, somos personas de palabra.

Escucho un ruido detrás y un pequeño grito agudo y sé, sin verlo, que Audrey ha liado algo en el salón.

Mi hermana suelta otro grito y la videollamada se corta justo cuando advierto que, efectivamente, a mi sobrina se le ha caído una bandeja con un plato y un vaso al suelo.

Me río sin poder evitarlo, porque esa niña ha heredado la torpeza de su madre.

Después, dejo el móvil en silencio para no tener más interrupciones y vuelvo al caos que es mi cocina.

En el restaurante suelo tener todo ordenado. Me pone nerviosa un espacio de trabajo sin recoger. Aquí, sin embargo, solo cocino, sin detenerme en nada más.

No lo disfruto, como solía hacer antes.

Al contrario, noto un nudo en el pecho con cada plato nuevo que pruebo y no es espectacular. Quiero un sabor que me explote en la boca, que me haga gemir de placer y cerrar los ojos para conservar la sensación que me provoque durante unos segundos más.

Por eso, cocino todos mis días libres; incluso cuando solo estoy unas horas fuera del restaurante. Me agobia no crear nada

nuevo, y me agobia aún más esta permanente sensación de fracaso.

Siempre me ha gustado mi profesión. Siempre. Desde que tenía seis años y Mia ocho, y me colaba en la cocina de mis progenitores cuando ellos no estaban, para prepararnos la comida y la cena.

Con el tiempo, esa pasión creció.

Mientras era pequeña, miraba vídeos para aprender nuevas recetas. Años después, utilizaba el dinero que ganaba trabajando para pagarme cursos de cocina que mejoraran mis conocimientos o viajando para descubrir otras gastronomías.

No todo fue académico.

Puedes aprender recetas, métodos y técnicas. Sin embargo, siempre hay algo innato.

Un instinto que te lleva a inventar nuevos platos, nuevas combinaciones de sabores.

Mi instinto es brillante. No solo lo digo yo, sino que una estrella Michelin, y miles de reseñas positivas en la página del restaurante donde dirijo la cocina lo avalan.

¿El problema? Ese instinto parece estar muerto. Muerto, quizá sea exagerado, pero está dormido.

Desde que gané esa estrella hace ya un año, el menú sigue siendo exactamente el mismo. No he incorporado ningún plato nuevo y los clientes habituales me lo han comentado en más de una ocasión.

Pasé mucho tiempo diseñando una carta en sintonía que encajara a la perfección. Si algo funciona, ¿por qué cambiarlo? Es la excusa de la que me valgo en público.

En privado, sin embargo, tengo toda la cocina empantanada y ni un solo plato que salvar.

Suelto un pequeño grito de impotencia y recojo todo.

Hoy tampoco va a ser el día que cree algo nuevo.



# Capítulo 5

La cocina es una vocación.

En otro caso, no pasaría todo el santo día encerrada en El Laboratorio, el restaurante en el que trabajo. Mi jornada suele ser de diez horas, aunque no siempre se respeta el horario.

Max, el dueño, es un auténtico gilipollas, pero me paga bien, y, por eso, puedo llevar la vida que llevo.

Termino tan cansada, que solo puedo pensar en dormir.

—Vamos a ir a tomar algo, ¿te apuntas? —me dice Luca.

—Hoy no —respondo—. Estoy agotada.

—Nos vemos mañana, entonces.

Me despido de todos y pongo rumbo a mi casa.

A veces hacemos eso: cenamos algo rápido y salimos por ahí, cuando cierra el restaurante. Quizá esté feo, pero nunca se lo decimos a Max. De todos modos, él tampoco pasa todos los días por aquí. El Laboratorio solo es uno más de los once restaurantes que tiene.

A Luca, sin embargo, lo considero un buen amigo. Nos conocíamos antes de entrar aquí.

Cuando Max me propuso llevar su cocina, acepté con la condición de que contratase a Luca también. Él estaba parado en ese momento, pero no fue solo por eso. Si yo soy la mejor cocinera de la costa oeste, él es el mejor sumiller de todo el país.

Vuelvo a mi piso en bicicleta, como siempre. Tengo coche, pero raras veces lo uso. No me gusta nada conducir, pero, en cambio,

los pedales... Adoro descargar energía al salir, porque llego a casa con la mente despejada y mucho más tranquila que si tuviera que enfrentarme al agobiante tráfico de la ciudad.

La dejo abajo, en el aparcamiento acondicionado para ellas.

Estoy esperando a que llegue el ascensor cuando un perro enorme se lanza hacia mí para saludarme.

Me aparto hacia atrás con rapidez. No soporto este contacto avasallador.

—Perdona, normalmente no hace eso —dice una voz.

Cómo no, un perro tan molesto tenía que ser de él.

—Seguiría sin hacerlo si lo llevases atado —apunto y señalo la evidencia—, como, de hecho, estipula la ley de cómo deben pasear los perros.

—Kurt va atado por la calle. Lo suelto para entrar.

Siento un pinchazo directo en el pecho al escuchar el nombre, pero lo ignoro.

Me fijo en que Miles guarda las distancias, pese a que me mira de una forma tan penetrante que la siento casi íntima.

—Podrías valorar hacerlo al llegar a tu casa.

—No —suelta en el acto. Algo atraviesa sus ojos. Es algo parecido al dolor, aunque no lo entiendo en absoluto. No estoy sugiriendo ninguna locura—. Puedo subir en el siguiente turno, si prefieres, aunque espero que no sea necesario.

—¿Por qué lo esperas?

—Porque vamos a vernos mucho, Chels. Ahora somos vecinos.

No respondo, solo aparto la mirada y me dedico a esperar el ascensor.

Miles entra conmigo, con Kurt a su lado. No lo ata, pero lo sostiene del collar para que no se acerque de nuevo a mí.

No es que odie los perros, ni mucho menos. De hecho, él tenía perro cuando salimos. Kurt es diferente. Eso me hace pensar que Vader ya no está, porque no es a él a quien está paseando.

Solo odio todo lo que tiene que ver con Miles.

La estrategia de la indiferencia no va conmigo, se ve.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dice apenas unos segundos después, como si le molestase el silencio.

—Vas a hacerla igualmente —replico sin mirarlo.

—He visto que hay una terraza accesible desde el ático, pero la puerta está cerrada y balizada con cinta para no entrar —empieza. Siento sus ojos azules clavados en mí y los ignoro a conciencia. Justo esto era lo que temía, que preguntase por *mi* terraza—. Hablé con la señora Jones, que me dio una explicación bastante vaga y me dijo que tú sabías más, que a ella la informabas tú.

Carraspeo un poco y me giro por fin para enfrentarme a él.

—La señora Jones está informada, pero me temo que con la presidencia lleva demasiadas cosas encima, y se las va olvidando. La terraza no es solo para los dueños de los áticos, sino para todos los habitantes del edificio. Sin embargo, está cerrada temporalmente. Los muros exteriores se agrietaron en un pequeño huracán de hace años y el ingeniero tomó esa medida hasta que estuvieran reparados.

—Tengo entendido que ya se repararon —deja caer Miles.

—Estoy intentando explicártelo desde el principio —respondo con calma—. El caso es que esas reformas se retrasaron varias veces y, al final, tardaron siete meses en hacer un trabajo que proyectaron en tres semanas. Cuando volvimos a subir, resultó que una bandada de halcones peregrinos había anidado ahí. Son aves protegidas por el estado de California y los muy cabrones precintaron la terraza hasta que se fuesen. No nos dejan utilizarla, porque somos peligrosos para los pájaros.

—Así que, no te gustan los pájaros, no te gustan los perros... ¿Qué te ha pasado, Chels? Antes amabas los animales.

—Me gustan los animales. Lo que no me gusta es que invadan mi espacio.

Justo en ese instante, la puerta del ascensor se abre y casi me precipito fuera, sin esperar a que termine. Meto la llave en mi puerta y abro sin despedirme siquiera.

—Buenas noches, Chels —dice a mi espalda.

Cierro y paso con prisa.

Maldigo a Miles, a Kurt y a todos los hombres del mundo.

Va a ser mi vecino igualmente, lo quiera o no. Tengo que aprender a lidiar con ello, pero tampoco sé cómo hacerlo.

¿Cómo se lidia con un pasado que te ha costado tanto dejar atrás?



# Capítulo 6

Las fiestas de Max son las únicas celebraciones a las que me aburre acudir.

Tenemos que hacerlo igualmente, porque es el jefe. También, porque, según dice él, se trata de nuestro restaurante. El Laboratorio es nuestro o no, según para qué se trate y lo que quiera exigirnos.

La celebración de hoy tiene un sentido: es el tercer aniversario de apertura del restaurante. Ha reservado la azotea de un edificio y hemos preparado un *catering* frío durante todo el día. Nos ha llevado más de ocho horas, pero todavía nos ha exigido ponernos de etiqueta y acudir al evento, con más de cien personas.

—Pienso comerme todos los canapés de salmón —afirma Luca a mi lado.

Va especialmente guapo esta noche, con un traje en dos colores. El pantalón es negro y la chaqueta granate. Parece lisa, pero, al acercarse, se notan los grabados de varias rosas grandes. Discretos, pero atrevidos.

Mi vestido azul de cóctel es sencillo a su lado.

Caminamos por la azotea, contemplándolo todo, con él cogido de mi brazo, y comiendo cada vez que podemos. Trabajamos en una cocina, pero casi no hemos probado bocado en todo el día.

—Yo prefiero los de queso —aclaro y cojo uno para llevármelo a la boca.

—Mientras nos dejen beber y comer a gusto, estas fiestas no están tan mal.

—Mientras no aparezca...

Luca me da un pequeño pisotón y me callo justo antes de que vea a Max ante nosotros.

Max Levine roza los cuarenta años. Es atractivo, y lo sabe. También es ambicioso y no entiende los límites profesionales y personales, solo que eso no parece saberlo.

—Estás preciosa esta noche, Chelsea —me dice con una sonrisa que intenta ser encantadora. Lleva su mano a mi espalda y la acaricia con suavidad, en una zona descubierta donde no hay tela, sino piel.

—Gracias —respondo con una sonrisa forzada.

Me remuevo de forma sutil para apartarme, sin dejar de sonreír. Sigue siendo mi jefe y no sé cómo enfrentar este tipo de situaciones.

—Yo también estoy precioso, ¿verdad? —pregunta Luca con una sonrisa radiante, sin dejar de mirar a Max.

Nuestro jefe se gira hacia él, como si acabase de reparar en su presencia.

—Por supuesto —contesta de forma cortés—. ¿Qué tal? ¿Estáis disfrutando de la velada?

—La verdad, estamos algo cansados después de todo el día cocinando —afirma Luca con sinceridad—, pero es una fiesta estupenda.

—Disfruta, Luca. Pocas veces tienes la oportunidad de acudir a un evento así —replica, quizá demasiado mordaz—. Tengo que seguir saludando invitados. Luca, Chelsea... —dice y hace un gesto con la cabeza. Después, me mira solo a mí y añade—: Espero volver a verte esta noche.

—De verdad, es repugnante —comenta mi amigo una vez nos quedamos a solas—. Esto tiene que ser denunciado de alguna manera.

—¿El qué? ¿Que me tire los trastos en estas fiestas? Lo dudo, Luca. Además, ¿a quién iba a quejarme? Él es el jefe. Es su restaurante.

—Ya me ocuparé yo de que no vuelvas a verlo esta noche —asegura con firmeza—. ¿Dónde está Skylar? Llega ya media hora tarde.

—No querrá parecer desesperada... —comento con una sonrisa, sabiendo lo que piensa mi amiga de la puntualidad.

Aparece un rato después, con un vestido plateado que resalta toda su figura. Sin embargo, no es su escote pronunciado lo que me llama la atención, sino el hecho de que no viene sola.

A Sky la hemos invitado nosotros, pues ella no es parte del restaurante, y, por supuesto, no entraría en la prestigiosa lista de Max. Parece que ella se ha tomado la libertad de comentárselo a Nate.

—Hola, chicos —nos saluda Sky al llegar a nosotros—. Espero que no os importe que se lo haya dicho.

Frunzo el ceño. No me molesta que Nate esté aquí, pero no es el tipo de relación que pensaba que tendrían.

—Me dijo que estarías y me pareció un momento tan bueno como cualquier otro para hablar contigo —comenta él mientras me saluda.

—Voy a por unas copas —anuncia Sky—. Luca, ven conmigo —ordena.

—Yo ya tengo la copa llena —protesta el aludido.

—No he preguntado —dice, y lo coge del brazo para que la acompañe.

Nate y yo nos miramos con una sonrisa. Mi amiga, sutil, lo que se dice sutil, tampoco es.

—Así que vais en serio... —empiezo. No es una acusación, solo tengo curiosidad.

—No sé si diría tanto —repite Nate—. Tengo que admitir que Sky me llama la atención. Está un poco loca.

—¿Loca en qué sentido?

—¿Recuerdas la noche de la fiesta, por ejemplo? Terminamos acostándonos en uno de los dormitorios de Miles. Tengo una estrategia para ligar, lo sabes, pero Sky se saltó todos los pasos y...

Suelto una carcajada que lo interrumpe. Nate me mira con interés.

—No está loca en ese sentido, Nate. Lo que pasa es que tú estás acostumbrado a ser un seductor que se lleva a las chicas a la cama,

y Sky fue la que te lo hizo a ti. Por eso, te ha pillado desprevenido, porque ha sido capaz de cazar al cazador.

Él me mira, como valorando mis palabras.

—Pues sí, creo que fue justo eso —admite y se ríe también—. El caso es que a ambos nos gustó lo suficiente como para repetir.

—Y como para venir juntos a una fiesta.

—Sí, eso también. Acabamos de conocernos, Chels. Ya veremos adónde lleva esto —comenta y hace un gesto con las manos, restándole importancia—. ¿Qué tal estás? Hace años que no sé nada de ti. Sky me dio tu número, pero prefería hablar en persona. No sé, se me hace menos raro.

—Lo cierto es que estoy bastante bien —admito con sinceridad—. Ya sabes dónde vivo. No tengo pareja, pero sí amigos. Soy jefa de cocina de El Laboratorio. La verdad es que soy feliz.

—Te vi en la prensa, cuando te dieron la estrella Michelin. Salimos a celebrarlo, ¿sabes? Toda la banda. Nos comimos una pizza en tu honor. —Nate se ríe, pero mi carcajada se queda atascada en la garganta. Eso fue hace un año. ¿Miles lo celebró también?—. No me sorprendió. Sabía que tarde o temprano sería tuya. La mereces.

Por fin reacciono y sonrío en agradecimiento.

Lo cierto es que Nate fue un poco mi conejillo de indias mientras estaba aprendiendo a cocinar mejor. Probaba mis platos, incluyendo creaciones que resultaron ser desastres absolutos. No fue de gran ayuda, la verdad. Para Nate, cualquier cosa que hiciese yo, era un manjar. Nunca fue muy objetivo.

—Enhorabuena —dice al final.

—Gracias. ¿Tú qué tal? ¿A qué te dedicas ahora?

—Por ahora no hago mucho, la verdad —admite y noto un tono triste en su voz—. Miles llevaba mucho tiempo diciendo que quería dejar Wandering Souls, pero creo que no me di cuenta de lo que de verdad significaría hasta que lo hizo público. Disolvimos el grupo, claro. No quiero tocar en ningún otro, porque no sería lo mismo. Así que, estoy buscando algo que me guste para dedicarme

a ello. El dinero por ahora no es problema, pero sí necesito ocupar mi tiempo. Me gustaría invertir en algún negocio, ser responsable.

—¿Miles os dejó tirados? —pregunto sin ocultar mi asombro.

No sé si debería sorprenderme.

A mí me dejó porque decidió apostar por el grupo, por su carrera musical. Y, aunque doliese, pues también lo entendía. Pero, si tampoco se quedó con ellos, el sacrificio no merece la pena. Quizá solo fue una excusa, quizá la única realidad sea que Miles Stones es incapaz de comprometerse con nada ni con nadie.

—No, no nos dejó tirados. Ya no podía más, Chels. Tienes que entenderlo. La prensa, los *fans*... Es un mundo muy cruel. Aguantó más por nosotros, por mí, pero Miles lo necesitaba. Lo estaba pasando realmente mal. Creo que todos, en realidad, aunque no nos hubiéramos dado cuenta. Fueron años muy intensos.

—¿Y Beau y Jeremiah? ¿Cómo se lo tomaron? ¿Qué es de ellos?

—También les vino bien. Beau está casado, y ahora tiene una hija. Viven en Florida, porque ella es de allí.

—¿De veras? —pregunto con un nudo en el pecho. Me alegro por él, no es eso. Lo que me aprieta en la garganta es saber que me he perdido esos momentos tan importantes.

—Fue una boda íntima. Se casaron de penalti, porque a Claire le hacía ilusión. Hailey es preciosa; ha salido a Claire. Jeremiah trabaja en la televisión, donde sigue tocando el teclado. Ahora vive en Nueva York, aunque ha pasado unos meses en Londres.

—Me alegro por ellos. Es bonito saber que les va bien.

—Puedo darte sus números, por si quieres hablar con ellos en algún momento.

—Claro —asiento, aunque no sé si los usaré. No sabría ni cómo empezar la conversación tantos años después—. ¿No echáis de menos la fama?

—No es tan buena como la gente cree.

—Ser una estrella de rock supongo que merece la pena.

—Había veces que sí... Las veces que incluía al rock. ¿Las partes que solo incluía la fama? Esas eran las que fallaban.

Sky y Luca aparecen en ese momento, con una copa para ellos y otra para nosotros.

—¿De qué hablabais? —pregunta mi amiga.

—De la fama.

—¡Por la fama! —propone Sky un brindis, ajena a que Nate se quejaba justamente de eso—. Y que Chelsea la consiga pronto, como mejor cocinera de San Francisco.

Yo me río, pero el resto levanta sus copas con una sonrisa en la cara.

Me doy cuenta en sus expresiones de que lo creen de verdad y eso me borra la risa de golpe. Si ellos supieran que no soy capaz ni de crear un plato nuevo... Pero no digo nada. Solo alzo mi copa para brindar con ellos.

—¡Y porque no volvamos a ver a Max esta noche! —susurra Luca muy bajito.

Esta vez sí reímos, y brindamos, y empezamos una noche que ha mejorado mucho con la aparición de la pareja, pero, sobre todo, con la desaparición de mi jefe.